

CONSTRUIR, HABITAR, PROYECTAR. CLAVES PARA UNA IDEA ROMÁNTICA DE ARQUITECTURA¹

Javier Hernández-Pacheco
Universidad de Sevilla

¿Y si el verdadero lujo fuese el espacio? Era el lema de una campaña publicitaria de la empresa Renault para promover su monovolumen, que efectivamente se llama así en francés: *Espace*. La campaña suponía, a mi modo de ver, una reflexión visual, no directamente sobre el hiper-diseñado espacio de un vehículo, por grande que sea, sino sobre la arquitectura en general. Y sin afán de ir mucho más lejos creo que no sería muy exigente reclamar un cierto consenso sobre esta definición: arquitectura es el arte de convertir el espacio, en riqueza primero, y en último término en lujo.

El caso es que el citado lema es más —y no podía ser menos— «construido» de lo que su aparente sencillez oculta. Como es también mucho más complejo de lo que parece el significado de la arquitectura en general, sobre la que hoy quiero ofrecer estas reflexiones. No van a ser excesivamente brillantes, porque cuando uno sale de su territorio propio, que en mi caso es la filosofía, corre el riesgo de descender a especulaciones que parecerán de aficionado a los entendidos. En este caso a los arquitectos, que de antiguo es una profesión con un altísimo nivel reflexivo sobre sus propios fundamentos teóricos. Pero también a los filósofos, que en mi esfuerzo por encontrar un suelo común de discusión probablemente sentirán traicionada su habitual exigencia de rigor.

Vaya por delante que son reflexiones que parten, por mi parte, de una profunda simpatía: por la arquitectura, en efecto, y por la actividad constructiva en general. Y lo digo ahora muy consciente de que la profunda crisis que actualmente sufrimos parece tener su origen en los excesos de la financiación hipotecaria, de la promoción de primeras, y segundas (y terceras y cuartas) viviendas; de la corrupción administrativa que ha rodeado a lo que ahora nos parece un delirio constructivo. Todo se resume bajo el horrible y difuso término de «especulación».

Ante esta catástrofe, la tentación de los filósofos, una vez más, es descender de nuestro parnaso académico con un condescendiente «ya lo decía yo», para dar lecciones de moralidad. Y es que, desde Platón, la filosofía no ha renunciado a una insolente

¹ Este texto es la transcripción de la conferencia del mismo título, dictada en la Universidad de Sevilla: Cursos de otoño 2012, Seminario de Filosofía, «Espacios Filosóficos. El lugar de la filosofía en el presente», el 17 de Septiembre de 2012.

pretensión demiúrgica. Es decir, a intentar proporcionar desde la contemplación de las ideas, desde la teoría, las guías prácticas para el desarrollo de todas las actividades humanas. Desde el buen gobierno, pasando por la economía, el derecho, las artes, la técnica, parece como si esas actividades necesitasen detrás un filósofo para que, siguiendo sus dictámenes preceptivos, pudiesen ser reconocidas como verdaderamente humanas.

Pienso, sin embargo, que semejante arrogancia intelectual va en contra de la naturaleza misma de la filosofía, esencialmente finita en su raíz. El filósofo —aunque muchas veces lo haya pretendido— no es un profeta que descienda tras una teofanía, dueño de una revelación, a ordenar al pueblo que se ponga en marcha hacia las metas que él le indicará. Cuando se le ha dejado ser eso, la historia siempre ha terminado en catástrofes mucho peores que las inmobiliarias. Es más bien el que reflexiona sobre lo que la gente hace, a veces ciertamente para poner de relieve las contradicciones de lo que entre todos creemos saber, para criticar entonces los consensos. Pero ello carecería de sentido si los límites de esa reflexión no fuesen algo que sale a la luz precisamente allí donde el intelectual intenta aprender de eso que la gente, esforzadamente, con mayor o menor éxito, a veces con graves errores, intenta siempre realizar. Así por ejemplo, la filosofía política, no es la condición del buen gobierno, la puesta en práctica de lo que los filósofos «dicen», sino la atenta consideración de lo que los buenos gobernantes «hacen». Platón olvidó lo que su maestro bien sabía, que la vocación del filósofo es antes aprender que dar lecciones.

Desde esta perspectiva, creo que, más allá de su actual crisis, la arquitectura, y el afán constructivo en general, es actividad tan antigua como el hombre mismo, y por ello algo por lo que los filósofos bien podemos dejarnos ilustrar, acerca de cosas que resultan esenciales para nuestra naturaleza humana. Podemos aprender de ella, en efecto, cosas que a veces olvidamos. Por ejemplo, ya lo hemos dicho, que ser, existir, vivir, tiene para nosotros esencialmente que ver con el espacio.

Y así, volvemos a donde habíamos empezado: ¿y si el verdadero lujo fuese el espacio? Mas, ¿por qué planteamos esto como una pregunta? Será porque la afirmación que contiene es originalmente dudosa. Dicho de otra forma, la afirmación tiene como condición previa su propia negación; pues de forma inmediata está mucho más claro lo contrario: el espacio, dicho en bruto, no es bueno, es malo.

Kant dice del espacio que es la forma de la experiencia en tanto que esa experiencia es externa. Ello quiere decir, que ese espacio es la forma general de lo que nos pasa, en tanto que eso que pasa está «fuera». Y añade a continuación que junto con el tiempo, ese espacio es el signo primero de nuestra finitud. De forma diferente, dice lo mismo Heidegger cuando afirma que la característica primera de la vida humana, es la ex-sistencia. Es igualmente signo de la finitud: la vida es lo que originalmente se enfrenta con lo que está fuera de sí; ella misma está fuera de sí. Lo podemos decir de muchas maneras: en esa original dimensión ex-sistencial, la vida es lo ex-puesto, lo derelicto, *das Geworfene*, lo arrojado fuera. Y lo mismo para Hegel, el espacio es para lo absoluto la primera forma de la alienación, el ser otro que sí mismo. También lo habían dicho los escolásticos —ya vemos que las opiniones filosóficas son unánimes en este punto—: la extensión es la característica propia de la *materia signata quantitatae*,

que tiene como característica el tener *partes extra partes*, tener sus partes fuera de sí mismas.

Por eso el espacio es aquello en lo que todo está fuera de sí, alienado, decimos técnicamente los filósofos. El punto fuera de sí es la línea; la línea fuera de sí el plano; el plano fuera de sí el espacio tridimensional, etc. El origen del espacio es pues, la negatividad. ¿Cómo va a ser entonces un lujo? No lo es, de ninguna manera. Espacio es lo que hay entre un chaval y su novia, que está en Barcelona, por ejemplo; entre mi vivienda y el lugar de trabajo; entre Grouchy y Napoleon, la tarde de Waterloo.

De hecho, la vida, que es lo *concebido*, *cenceptus*, se abre al exterior, ve la luz, en la forma de shock. En último término el espacio exterior es amenaza y al final su victoria es la muerte, la vuelta al polvo de donde todo lo vivo intenta redimirse. Podríamos hablar de algo así como la



¿Vendrán a recogerme?

esencial marsupialidad de la vida: nada más nacer todo lo vivo busca refugio saliéndose de la exterioridad, o volviendo en cuanto puede a lo que la madre aún puede ofrecer de seno, alimento y calor.

Son múltiples los sentimientos existenciales que tienen que ver con esto. Tantas veces hemos considerado el famoso texto de Kant: «Dos

cosas llenan el ánimo de admiración y respeto, siempre nuevos y crecientes, cuanto con más frecuencia y aplicación se ocupa de ellos la reflexión: el cielo estrellado sobre mí y la ley moral en mí». Pero fácilmente olvidamos de que se trata para Kant, y tras él para el hombre contemporáneo, de dos inmensidades contrapuestas: del mundo interior, moral y reflexivo, y del mundo físico, extenso y desolado. De dos magnitudes que desde Descartes, hemos considerado como negación una de la otra. De ahí la soledad con que nos sobrecoge la inmensidad del espacio interestelar, y la amenaza que significa para nosotros ese mundo exterior que entendemos como desierto. En medio del mundo, el hombre siente... miedo. El espacio en modo alguno es primariamente riqueza.

Habíamos dicho que la arquitectura es lo que hace del espacio un lujo. Pero queda mucho para llegar ahí, porque la forma primera de la arquitectura es efectivamente marsupial, y así es en cierta forma la negación de lo que ese espacio tiene de foránea extensión. Probablemente la

¡Aquí no nos pillan!



cueva en la que la horda se refugia y en la que el fuego se puede guardar de la intemperie, es a la vez espacio sagrado, absoluto, precisamente en cuanto que está fuera del espacio natural, y funciona como albergue exento.

Impresionan como monumentos arquitectónicos los monasterios griegos que, parece, se abren desde lo alto al paisaje. Pero por lo mismo: esa apertura es aparente, pues más bien son lo que es fácil de cerrar, lo que casi resulta inaccesible; donde los hombres buenos se refugian de los malos, que son los ex-traños, los ex-tranjeros, que vienen de fuera, del espacio exterior. Y lo mismo ocurre con los castillos. No es verdad que dominen la llanura, o el paso del río. Más bien los temen, son formas de huir del espacio, no de conquistarlo.

Podemos, pues, concluir que las primeras formas arquitectónicas son negaciones de ese espacio. Y no solamente en la forma de refugio. Una de las características de la pura extensión es que no tiene centro. Los así llamados ejes de coordenadas, no constituyen su forma original, sino el



Ja sòc aquí!

primer paso reflexivo hacia su conceptualización; de forma que establecemos, fuera del espacio, un centro respecto del cual medimos la inmensidad. Ese es, pienso, el sentido originario del menhir: un punto *absoluto*, lo que quiere decir, separado, que de alguna forma representa la inserción del sujeto, como lo que está en sí, en medio de lo que está fuera de sí. El menhir, y su sofisticado desarrollo que es el obelisco, son hitos, que miden el espacio desde lo que no es espacial. Es un «aquí estoy yo», en medio de todo esto. Un desafío al espacio desde fuera de él.



¿A que impone?

los teatros y muy exiguos restos de edificios civiles, la arquitectura tiene para los griegos, tal y como ha llegado hasta nosotros, igualmente un carácter sagrado. Y ello con-

¿Podemos llamar a esto arquitectura? Hay que esforzarse mucho, y desde luego no es lo que se estudia en nuestras Universidades. La gran arquitectura aparece con las construcciones sagradas del Creciente Fértil, en la forma de enterramientos, y sobre todo templos. Lo mismo se puede decir de la cultura griega, pues dejando aparte

firma lo que estamos diciendo: la relación primera de la arquitectura con el espacio es de carácter negativo y tiene como fin delimitar un ámbito exento, incommovible, no natural.

Pero si sólo fuese eso, la arquitectura no sería tal y como la conocemos. El paso esencial se da a continuación cuando, desde ese contra-espacio que constituye el lugar sagrado, donde está la imagen del dios y donde se guarda a salvo el tesoro (a veces se acuña incluso moneda), el foco se abre, y lo que era mera exterioridad se convierte en una apertura esencialmente «construida». En el templo griego, los elementos constructivos, a excepción de la cubierta, en la forma que enseguida adoptan de columnata, ya no son propiamente cerramientos (función que asume ahora un apenas visible murete, insignificante incluso desde el punto de vista estructural), sino una forma de generar hacia fuera la presencia de lo sagrado. La construcción no es entonces lo que acota lo exterior, sino ella misma origen de un nuevo espacio, muy diferente del meramente físico. Tanto que, si este era el que separaba todas las cosas, y las ponía fuera y lejos unas de otras, el nuevo espacio al que el templo se abre, es ahora el que, por así decir, justo al revés, las convoca y reúne.

Convocar y reunir (*versammeln*) es la misión de lo construido, del edificio, dice ahora Heidegger. El edificio es la cosa (*Ding*) que llama a la asamblea, al *Geviert*, que cuadra (de cuatro) y ensambla al Cielo, a la Tierra, a los dioses y a los mortales.

No quiero perderme en la exégesis del texto de Heidegger, ya de por sí suficientemente complicado. Lo dice más sencillamente Hegel: la construcción arquitectónica transforma lo dado en la forma de alienación natural, y muy especialmente la negatividad del espacio, en reflexión,

en emergencia de la subjetividad más allá de la pluralidad de los elementos constructivos y de las dimensiones físicas; de modo que el edificio se hace presencia de algo que trasciende todas las cosas, no en la forma negativa, alienante, de la distancia, sino en la reflexiva de la presencia que las reúne. El edificio, y en eso consiste su

¡Estamos todos!



¡Que a gusto estamos, dentro!



carácter artístico, hace presente en el espacio al Espíritu en su infinita y absoluta significación. Pero tampoco me quiero entretener en sacralidades en las que la arquitectura hace explícita esa presencia de lo absoluto. Concedamos que hace tiempo que el templo dejó de ser para nosotros el edificio por antonomasia. Y volvamos a reconsiderar la esencial relación que la arquitectura tiene con la vivienda.

Veamos por ejemplo esa mínima expresión de habitabilidad, tal y como la podemos ver, por ejemplo en la *log cabin*, en la cabaña de troncos, en la que también es evidente la misma relación negativa con el espacio circundante. El valor esencial, mínimamente arquitectónico, es el aislamiento, frente a ese medio hostil que es *the range* o *the frontier*, equivalente a lo que nosotros llamamos la *Extremadura*. Vivir es aún sobrevivir, sobreponerse negativamente a lo que «fuera» todavía consideramos una amenaza, de intemperie y alimañas. Efectivamente, frente a cuevas, menhires y monolitos, empiezan a aparecer elementos de construcción, en los que todavía lo esencial es el «cerramiento», y «guardar» de la intemperie los frutos del trabajo humano.

De momento, esta estructura es reflexiva sólo en la medida en que la vivienda y la cosecha, que es «recolección», generan interioridad. También en el sentido de algo absoluto y separado de todo, y hasta cierto punto también sagrado. En la vivienda se constituye en su absoluta particularidad («Cada uno en su casa y Dios en la de todos», decimos) la célula elemental de supervivencia y procreación, también de producción económica y de inserción civil. Es, tanto en el mundo romano como en el anglosajón de la *common law*, el albergue de la familia, y como tal algo definido por la *privacy*, como lo radicalmente exento del espacio público. En efecto, aquí «absoluto» significa de nuevo lo separado, de modo que la esencia de la vivienda es el sentido excluyente: nadie puede entrar que no sea insistentemente invitado a ello. Hasta el punto de que en el antiguo derecho romano el *pater familias* era, de puertas adentro, señor de horca y cuchillo; y en la *common law*, a partir de la Carta Magna, ya en el siglo XII, se reconoce como derecho elemental, junto al *habeas corpus*, la «inviolabilidad del domicilio»: *My home is my castle*.



Ahí empezamos a vivir bien

Sin embargo, es cierto por otra parte que el monolitismo de la elemental supervivencia, se fractura, y la *domus* romana se convierte, poco a poco, en un proceso dinámico capaz de generar una diversidad interna, que supone a su vez proliferación, riqueza y apertura. Pero no *ad extra*, hacia la calle, de la que la separa un simple muro, sino *ad intra*. De este modo, la vivienda se diversifica en un complejo orgánico, en el que el espacio se diferencia y estructura reflexivamente; y resulta así en una totalidad construida que pronto se convierte en paradigma arquitectónico.

Que es, por cierto, el que domina nuestra interiorista tipología andaluza, que no es andalusí sino hispanorromana. Los árabes son un pueblo originalmente nómada, que

aprendieron a habitar, en el sentido arquitectónico en que utilizamos este término, en el espacio greco-romano —en la Bética, por ejemplo—, ya construido desde muchos siglos antes.

Es en él donde se hace relevante la conexión entre el espacio y la arquitectura, porque lo que hace del espacio lo esencialmente construido, es, en efecto, la «habitación», en el doble sentido, verbal, como actividad de situarnos en el espacio, y nominal, como termino final de esa actividad, en el que dicha situación se hace comfortable.

Podemos así ir sacando algunas conclusiones: habitar es el desarrollo de la actividad humana en el espacio, por la que éste pasa de ser límite de mi subjetividad a ser reflejo de lo que yo mismo soy. Al habitarlos, o para habitarlos, construimos los espacios hasta hacerlos manifestación de nosotros mismos, de nuestro modo de vida, de nuestra propia actividad.



¡Como en casa de uno...!

Esta resubjetivación de la alteridad espacial, tiene que ver con algo también importante e íntimamente relacionado con la arquitectura, cual es la propiedad. Porque en la medida en que en su actividad sale de sí mismo, y no para perderse en esa exterioridad sino para recogerla como momento del propio despliegue vital, el sujeto se apropia, hace suyo, lo que estaba fuera. Por ello, el objeto primero de propiedad es el cuerpo. Pero en la medida en que para mantenerlo la vida requiere salir fuera y habitar un espacio, el sujeto, ya sea individual o colectivo, se apropia de aquello que necesita para su supervivencia primero y su bienestar después. De ahí que el segundo objeto de propiedad, aun antes que la tierra que trabajamos, sea la vivienda que habitamos. Sólo el propietario es hombre libre, porque sólo extendiendo su subjetividad, lo que puede llamar suyo, al ámbito necesario para preservar la propia existencia; sólo pues extendiendo al espacio su dominio (que viene de *domus*), puede el hombre ser señor de sí mismo.

Estamos acostumbrados a un modo de vida tremendamente socializado. Los medios de nuestra supervivencia —lo que hay en un supermercado— hace mucho que dejó de ser «nuestro» en el sentido de algo de lo que podemos disponer sin más. Compramos todos los días, o un día a la semana en el «hiper», lo que necesitamos para subsistir. Vivimos además en sociedades muy móviles que convierten fácilmente en hándicap el anclaje a la tierra que supone una vivienda difícilmente comerciable. Además no hay tierra, porque vivimos —en España, al menos— en pisos, unos encima de otros a bastantes metros del suelo. Pero sería no entender la naturaleza humana olvidarnos de nuestra historia arquitectónica, y pretender que la vivienda es uno más de los bienes

comerciales, sin darnos cuenta de que hay algo telúrico en el fondo de nosotros a lo que repugna tener que pagar para vivir. En un momento dado, nos puede parecer atractiva una existencia cuasi angélica, siempre transportable. Pero mientras esa existencia esté marcada por la corporalidad, la cuestión de la propiedad inmobiliaria seguirá siendo una demanda radical de nuestra autoconciencia, para la que resulta esencial llamar suyo a un espacio al que se accede con una llave, a un sitio donde hay una cama donde dormir sin frío y algo que comer en la nevera; entre cuatro paredes, un techo, y un suelo sobre el que caernos muertos... en casa.

Pues es efectivamente así: construimos desde la indigencia y porque radicalmente somos mortales, pretendiendo de algún modo salir de pobres. Por ello, irán y vendrán las crisis; nos pasaremos y nos quedaremos cortos; pero al final el «ladrillo» (¡y menos mal que no es madera, como en otros sitios en los que la vivienda dura apenas una generación!) seguirá siendo nuestra principal riqueza; probablemente el mayor gasto de nuestra existencia. Y seguirá en consecuencia siendo la parte substancial de nuestra economía. En nuestras culturas mediterráneas entendemos la vivienda más como capital que como bien fungible. Y esta es una reflexión que conviene recordar cuando se nos reprocha que somos una economía hiperendeudada, cuando precisamente lo que hacemos con el préstamo hipotecario es capitalizar nuestra precariedad.

El ideal autárquico



Tras la vivienda viene... la parcela. Que tanta gente esté deseando que llegue el fin de semana para irse al pueblo y ver cómo crecen los tomates y si tienen pienso las gallinas, no es un capricho de la sociedad hiper-urbana, sino, otra vez, un instinto básico del hombre primitivo que genéticamente somos, a quien en el fondo, repito, de su constitucional indigencia, de ser radicalmente un expósito, no le termina de parecer evidente que siempre vaya a haber huevos en el supermercado. De ahí que «labrar» sea en cierta forma la continuación semántica del verbo «construir». De este modo, «habitar» se hace una actividad que se extiende del hogar al corral, de ahí al huerto y al campo adyacente, hasta que hagamos del espacio, no sólo lo que nos alberga, sino aquello que mediante el trabajo produce los medios de nuestra subsistencia.

No vamos a seguir los recovecos históricos de esta estructura antropológica elemental, por otra parte muy transformada, o sublimada, o ritualizada, en nuestras sociedades básicamente comerciales, en las que la actividad económica hace mucho que perdió su carácter primario. Nos interesa sólo señalar la importancia que esto tiene para la arquitectura y la actividad constructiva, y las enseñanzas que de ellas se deducen para la comprensión filosófica de nosotros mismos. Porque, si hemos visto cómo la construcción comienza en el refugio buscando el cerramiento y la guarida, tan pronto están mínimamente garantizadas las condiciones de supervivencia, el habitar se hace apertura,

proyectándose más allá de los límites de ese cerramiento. La construcción inicia su camino de vuelta, desde el hogar y el solar, al infinito horizonte.

Ciertamente, como decía Heidegger, la construcción convoca y reúne, ensambla podríamos decir, el Cielo y la Tierra, los mortales y los dioses. Tiene eso en común con el templo. Pero Heidegger olvida su primera filosofía de *Ser y tiempo* y con ella la idea de que la existencia, ciertamente desde su precariedad (*Geworfenheit*), es originalmente la proyección de sí hacia el horizonte abierto (*Erschlossenheit*) en el que esa existencia se hace ser-en-el-mundo, precisamente a partir de la pretensión de ser sí misma. No es que las viviendas se proyecten; es el mismo habitar humano el que, desde la finitud del propio albergue, se proyecta al infinito por encima de la naturaleza, y eso es lo que marca la guía de sus construcciones.



Ser-en-el-mundo

Una vez garantizado el cerramiento (¡que no gotee en el cuarto de estar!), y la sostenibilidad de un medio interno (que no haga calor o que la calefacción funcione), la alegría de toda vivienda está en su apertura hacia la luz y hacia aquello que es nuestro o



¡Hemos ganao...!

de lo que podemos apropiarnos. La balconada y el porche se convierten así en la continuidad hacia fuera de la habitabilidad. De la cabaña de troncos pasamos al rancho, o al *Berghof* alpino, desde los que el que habita puede ahora proyectarse hacia fuera.

La arquitectura se hace así dominante, en el sentido de ser, desde la *domus*, proyección del poder e instrumento de la extensión del dominio. El *Chateau* baja del risco inaccesible, y, dejando de sus torres sólo un recuerdo, se extiende poderoso por la vega. Y el Manor inglés, ya sin disimulo, se proyecta en esa representación de su poder hacia una naturaleza que ha dejado de ser desierto para convertirse en parque, en amable y lúdica continuación de la vivienda.

¿Y sí el verdadero lujo fuese ahora aquello que amenazaba nuestra finitud, en efecto, el espacio? Ahora sí, ése es el milagro de la arquitectura, de la edificación, que resulta del proyectivo habitar que comenzaron los cavernícolas, y desde el que iniciaron el camino constructivo en el que intentan superar su inicial finitud.

Por ello, más allá incluso del suelo que se puede hollar, de la tierra que inmediatamente se puede trabajar, la proyección se dirige a lo infinito, de la montaña al valle, y al revés; y de la costa al mar: construir es asomarse a la inmensidad del mundo. Si queremos comprender lo que es el valor inmobiliario, el arquitecto tiene que entender que su obra no termina en sí misma; que el absoluto que refleja, y en lo que consiste su verdadero arte, procede de lo infinito sobre lo que se proyecta. Allí donde es posible, el edificio tiene una esencial relación con la luz, y requiere vistas, desde donde ver más que ser visto.

Se ha alabado por ejemplo hasta la saciedad *La casa de la cascada* de Frank Lloyd Wright, como ejemplo de arquitectura orgánica, que no es, como pensaba por ejemplo Schelling, la reproducción servil de la naturaleza por el edificio, sino la síntesis del edificio en la naturaleza, en un cierre reflexivo en el que ambos se integran en una totalidad.



¿Dónde empieza qué cosa?

¡Me llamo Palladio!



Está bien, pero este organicismo requiere matices. Porque al habitar, el hombre no busca un nicho ecológico por confortable que parezca. Viviendo en la *Casa de la cascada*, no un fin de semana sino de modo habitual, yo me sentiría como un lujoso hombre de los bosques, vulgo bosquimano. Y es que la construcción, partiendo de la naturaleza, usando elementos naturales, trasciende esa inmediatez natural

y se convierte en proyección absoluta, hacia el infinito; y es sobre el infinito que realiza la reflexión en que consiste. Por eso no es, o no debe ser en su idealidad, un apañón habitacional, por lujoso que sea, sino efectivamente lo que trasciende la naturaleza en un proyecto en el que debe reflejarse lo absoluto.

La modernidad arquitectónica no entiende el clasicismo, y menos el neoclasicismo. Y no voy yo a defender la vuelta a los viejos órdenes. Ya sé, y estoy de acuerdo, que el edificio tiene su propia belleza en la funcionalidad constructiva. Y por supuesto que el ornamento es un horrendo delito. Pero deberíamos reflexionar sobre lo que dijimos acerca del templo griego y la fascinación de las columnas como cierre que en su sencillez es al mismo tiempo apertura. Toda edificación —volveremos sobre ello— quiere ser una localización proyectiva de lo absoluto, y de este modo tiene en sí

una raíz cuasi blasfema, porque sitúa al habitante en el lugar del dios. Por ello, del porche rancharo, a la columnata de las plantaciones del sur, el templo vuelve a hacerse paradigma. De este modo, Palladio merece un respeto, que los teóricos actuales de la arquitectura le niegan. Y pierden, pienso yo, algo esencial con ello.



Yo también impongo

Podemos decir a continuación que, sin embargo, la arquitectura no es el simple esfuerzo por instalar al hombre en medio de la naturaleza como un proyecto de autosuperación. No es una cuestión de chalets, chateaus, ranchos, cortijos y urbanizaciones con vistas al mar. Volvemos al carácter esencialmente finito que está en el origen de la actividad constructiva. *La casa de la cascada*, en medio de la floresta de Pennsylvania, requiere una realidad política que no se da originalmente. En el siglo XVIII hubiese sido inviable: sencillamente tiene muchos sitios por los que una partida de indios hambrientos podrían entrar buscando la despensa en medio de un mal invierno. De igual modo, del cabo de la Nao a Gibraltar, las cortijadas de la costa no tienen vistas al mar, porque era la forma que desde el mar no las viesan los piratas berberiscos. Dicho de otra forma, la naturaleza, el así llamado descampado, en su inmensidad, no es el lugar propio de la habitación humana, tan pronto el hombre ha aprendido a almacenar, es decir, a guardar para el invierno, y luego para los años de sequía, las cosechas del verano; que quedan a continuación disponibles para

los que sin trabajar tienen la fuerza necesaria para robarlas.

Aquí no entran los malos



De nuevo el espacio abierto es amenaza antes que lujo. Y el hombre tiene que encerrarse junto a otros hombres amantes de la paz, para defender en común lo suyo. De este modo se distingue el *ordo civitatis*, en el que impera la ley y la justicia puertas adentro de

la muralla, del *status naturae*, en el que el hombre, en campo abierto, es un lobo para el hombre.

Tenemos idealizada a la ciudad primitiva. Porque eso, en su exigua habitabilidad, no es arquitectura, sino simplemente un prodigio de supervivencia. Sólo en la plaza se vislumbra el sentido proyectivo, igual que en el peristilo romano, más bien «hacia

adentro», generando así un espacio en el que apenas trasciende el Ayuntamiento, que impone la ley y ordena, en efecto, el espacio público; y la Iglesia, que, ahora sí, proyecta al infinito la vida social. En qué medida la moderna arquitectura urbana fue en su origen interioridad ciudadana, lo vemos en la tipología de nuestras plazas mayores.

Pero ahora el proceso del urbanismo es el mismo que hemos visto en la vivienda familiar. Una vez garantizada la supervivencia de sus habitantes, cuando la modernidad, a partir sobre todo del siglo XVIII, impone condiciones generales de seguridad, la ciudad pierde el miedo y se proyecta generando a su



Bois de Boulogne: antes esto, ¡daba miedo!

alrededor, *extra muros*, espacio habitable más allá de sus puertas y del camino de ronda: en los ensanches, en las ramblas y zonas de avenida, incorporando arrabales, huertas, campos, e incluso bosques. Eso en Europa a lo largo del siglo XIX.

En los Estados Unidos, tras la Gran Crisis y la Guerra, la proliferación y abaratamiento de los medios de transporte permiten el gran sueño arquitectónico de que el espacio deje de ser un inconveniente y se convierta en lujo que se busca. La misma ciudad se abre así y se proyecta hacia el *suburban space*, que para que nos hagamos una idea, supone una conurbación continua desde Boston a Washington, y de San Diego a San Francisco. En un entorno de terrenos relativamente baratos, la construcción se despliega en una enorme variedad, desde los «pastelitos» que cabe esperar, a la más avanzada creatividad arquitectónica de firma.



All together now!

Al mismo tiempo, como si de la explosión de una estrella se tratase, mientras la ciudad se proyecta hacia fuera, también colapsa, por así decir hacia el centro, donde se impone una *face to face society* en las hiperhabitadas (de día) *down towns*. Los agentes económicos o políticos no renuncian a un contacto casi pueblerino con sus interlocutores.

Más de veinte minutos de distancia para verse *over lunch*, es ya demasiado lejos.

Todo ello, al igual que en Europa, sin renunciar al rescate de antiguos pastos comunales, tiempo atrás incorporados como espacio de recreo a la vida urbana y que ahora forman el parque sobre el que se proyectan los rascacielos. El verdadero lujo, de nuevo un milagro de la arquitectura, es efectivamente el espacio.

Y no sólo en los centros urbanos, o en las periferias suburbanas. La naturaleza, que ha dejado de ser enemiga, desierto y descampado; la serranía, que es ahora lugar para ir el sábado con los niños, en vez de refugio de bandoleros; el parque nacional, en que el conservacionismo administrativo convierte lo que antes se conocía como *wilderness*: se hacen igualmente habitables, ya sea en la forma de «excursión». Y ello tiene poco que ver con lo que podemos entender como ecología, en el sentido científico del término, como ajuste mimético al nicho natural por parte de especies que precariamente sobreviven en un entorno escaso de proteínas. Antes bien, eso que hoy entendemos como ecologismo se hace posible sólo desde la gran hazaña histórica en que la humanidad ha hecho del mundo esa totalidad abierta en la que los hombres existen, ahora en el sentido de «habitarla». Y ello no es algo previo a, sino el resultado de, su inmenso esfuerzo constructor. Porque en definitiva eso es nuestra cultura, lo que del mundo han

hecho los que edifican.



No sabemos lo que queremos

Que sobre las praderas se levanten los rascacielos no es una extravagancia neoyorkina a la que ya nos tiene acostumbrados el cine. Es un símbolo de esa cultura nuestra, en la que, lo que actualmente entendemos por naturaleza, precisamente como ideal confortable, no es sino la proyección al infinito de

nuestra vida construida. Así, una y otra vez tienen que avisar en Yellowstone las autoridades del parque a las pacíficas familias que van de picnic, de que vayan con mucho cuidado, porque, por increíble que parezca, los osos, tan simpáticos ellos, aún se comen a los niños.

La naturaleza como entorno amistoso, como *locus amenus*, —«Cerca del Tajo, en soledad amena, / de verdes sauces hay una espesura, / toda de hiedra revestida y llena», canta Garcilaso— es un mito poético de la modernidad que da lugar a la primera forma de la conciencia ecológica que es el «bucolismo». Pero olvidamos fácilmente que esta visión bucólica de la naturaleza incorpora ya todo el sentido proyectivo de la modernidad, en el que esa naturaleza se percibe como habitable en la precisa medida en que es ya para el hombre moderno lo esencialmente construido. Garcilaso, como rico de su tiempo, divisa el Tajo desde un «cigarral», y su mundo es, todo él, ya el marco de un proyecto infinito.

Es este proyecto, y en la medida en que poco a poco se va logrando, lo que hace del mundo un espacio habitable, verdadero lujo en la medida de su infinitud.

* * *

Esta proyección infinita de la actividad constructiva, no es sin embargo, como pensaba la humanidad decimonónica —la de las exposiciones universales, la de la Torre Eiffel— el desarrollo de una pacífica y benevolente autosuperación. Es todo menos ingenua e inocente, y al final se pone de manifiesto su esencia trágica.

En este sentido, dediquemos para ir terminando una última reflexión al colmo de la proyección constructiva que es, cómo no, el rascacielos. A mí me gustan los rascacielos. Quizás porque —por cierto como media Sevilla— soy un cateto que viene de Extremadura. Y también me gusta que además de la Giralda mi ciudad y mi barrio tengan uno de verdad. Pero reconozco que desde tiempos muy tempranos fueron ya controvertidos. Su origen lo cuenta el libro del *Génesis*: «Al llegar los hombres desde oriente, hallaron una vega en el país de Senaar y allí se establecieron. Entonces se dijeron unos a otros: ‘vamos a fabricar ladrillos y a cocerlos al fuego.’ Así el ladrillo les servía de piedra y el betún de argamasa. Y después se dijeron: ‘vamos a edificar una ciudad y una torre que llegue hasta el cielo, para hacernos famosos y no andar desperdigados por toda la faz de la tierra’». Y es que, en efecto, el rascacielos proporciona un centro habitable recogiendo la vida ciudadana en la medida en que, como las antiguas catedrales, la proyecta al infinito. La esencia del rascacielos no es la altura, sino el «record», la superación del límite de lo hasta ahora construido, el «más alto todavía». Y así no hay nada peor que un rascacielos bajito, lo que ocurre cuando los anti-especuladores pretenden desmocharlo.

Pero de ahí, de su esencia desafiante y provocativa, viene su necesario carácter trágico. La *hybris* llama a la *némesis*. Y casi con las mismas palabras con que la Biblia habla de Babel se podría haber descrito el origen de Manhattan. Y en los dos casos sabemos que la historia en una medida importante termina mal.

Eran preciosas



También es trágica la historia de Prometeo, que se apiadó de los hombres, perdidos en medio de la naturaleza, y robó para ellos el fuego y les enseñó el arte de construir ciudades, despertando con ello la alarma de los dioses. En la misma línea, cualquier americano de las profundas provincias del Midwest te dirá que no confundas las cosas, que la verdadera esencia del país está fuera de Chicago y Nueva York: ciudades impías, que han intentado dejar pequeño a Dios. Lo mismo que los ecologistas, que exigen la renuncia a una actividad constructiva que en su infinita proyección resulta —dicen— insostenible; y buscan para ello la verdad en el Tibet. Y así, no son pocos tampoco los que ahora entre nosotros entienden la crisis que sufrimos como castigo a nuestra impiedad promotora y especulativa, a los pecados del «ladrillo». Hay quien dice que históricamente las grandes construcciones, en las que el hombre creía tener el cielo al alcance de la mano, fueron siempre heraldos de las grandes crisis financieras. El *Empire State* se terminó en 1929, y la consiguiente crisis duró hasta el 42. Es un extraño presagio que parece cumple ahora para nosotros, con un pequeño retraso, la torre Pelli.



Penitencia inmobiliaria, con pecado al fondo

Tengo que acabar diciendo sobre todo esto, al menos hoy, que... no sé qué decir. Pero ciertamente, en contra de la maldición que ha caído sobre ella y en la que tantos compañeros filósofos se recrean, veo la arquitectura, en el más estricto sentido romántico,

Hütte de Heidegger en Todtauberg
No se la compro, por lo que dice que vale



como el proyecto siempre inacabable de una vida mejor. Quizás por eso no consigo entender, como él propone, la cabaña de Heidegger en la Selva Negra como arquetipo de edificio que convoca y conjunta al Cielo y la Tierra, a los dioses y los mortales. Es más, así, propuesta como paradigma, como ideal de una humanidad que atiende a la llegada del Ser, me parece sencillamente reaccionaria. Es reflejo de ese provincianismo á la Petain (que no nazismo, que como ideología postromántica tiene instintos planetarios) que ciertamente representa la filosofía del segundo Heidegger.

Por el contrario, a mí, repito —pese a ciertas raíces francfurtianas en mi formación—, me gustan los rascacielos, los proyectos faraónicos, las obras públicas. Sí, así es. Los echo de menos, ahora que ya no podemos pagarlos. Además, un ladrillo me

parece, en su solidez, en su fácil manejo (es un espectáculo ver cómo el peón los va echando, uno tras otro, al oficial hasta lo alto del andamio), en su versatilidad (piénsese de cuántas formas se puede poner para hacer un muro, de un pie, de medio, tabique, pandere, tabiquillo, etc), uno de los productos más humildes, pero más milenarios y nobles, del ingenio humano, y en absoluto una pieza tan evidentemente pecaminosa.

Pero efectivamente no podemos olvidar que, en su aparente solidez, son de barro, tan precarios como la existencia a la que pretenden dar albergue. Y entonces sí me atrevo a una última palabra: la arquitectura, y con ella el afán constructivo de la historia humana, no puede olvidar de donde vienen, sobre qué cimiento se asientan, que no es otro que la radical finitud. Construimos siempre desde la indigencia, que nunca podemos superar del todo. Y por eso todo edificio está destinado a derrumbarse, al menos si no hay en su base algo que redima lo que de otra forma no puede ser sino sacrílego. Quizás por eso, lo único que queda en pie de aquellos que inventaron la arquitectura, que en definitiva sigue siendo el paradigma de toda construcción y proyecto, son sus templos. Y que quizás son estos los que a la postre hacen la tierra habitable.



Sobrevivirán a la crisis

Rascacielos y catedrales —la Giralda y la Torre Pelli— tienen que ver; son dos formas de la conciencia romántica, de proyectar constructivamente lo absoluto en la búsqueda de un mundo mejor. Y si se hacen antagónicos, como ha ocurrido en nuestra cultura moderna, al final se convierten los templos en naves de polígono y las construcciones civiles en pretextos especulativos, símbolos de la corrupción en un espacio ciudadano que, como avisan los autores frankfurtianos, en una fatal inversión, de nuevo se convierte en jungla. En esta armonía rota, la crisis se hace insuperable, y la ciudad un sitio del que hay que huir, hacia el desierto del que al principio quisimos salir. Pero entonces, en el nuevo paleolítico que se nos ofrece como utopía, el espacio dejará, como antaño, de ser un lujo y se habrá hecho de nuevo maldición.